

VI

LA RECOMPENSA ETERNA

Hemos llegado, señores, al final de esta serie de conferencias cuaresmales. Como os anuncié ayer, en ésta mi última intervención, os voy a hablar del cielo. Voy a haceros un resumen de la teología del cielo, siguiendo, paso a paso, al Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, que interpreta maravillosamente, con su lucidez y profundidad habituales, los datos que nos proporciona la divina revelación en torno a la ciudad de los bienaventurados.

En nuestro lenguaje corriente y familiar, la palabra *cielo* la tomamos en sentidos muy diferentes. Los principales son tres: el atmosférico, el astronómico y el teológico. Vamos a echar un vistazo rápido a los dos primeros, para detenernos después en el tercero, que es el único que alude al cielo de nuestra fe.

* * *

El cielo atmosférico, señores, es uno de los espectáculos más bellos que podemos contemplar en este mundo. Cuando salimos a la calle en una mañana espléndida de primavera solemos exclamar entusiasmados: «¡Qué día más hermoso, qué cielo tan azul!»

Es cierto —lo sabíamos muy bien, aunque no nos lo hubiera recordado Argensola— que

*...ese cielo azul que todos vemos
¡ni es cielo, ni es azul!*

Cierto que no. Y, sin embargo, a pesar de que ese cielo azul que todos vemos no es el cielo de nuestra fe, algo nos dice y algo nos recuerda de él. Porque todo lo bello eleva el espíritu y le habla de la suprema y eterna belleza, de la cual las bellezas creadas no son sino huellas, vestigios, simples derivaciones y resonancias, a distancia infinita de la divina realidad.

¡Qué hermoso un amanecer en lo alto de una montaña! Allá en la provincia de Salamanca tenemos los dominicos un santuario famoso: el de Nuestra Señora de Peña de Francia. Situado en lo más alto de una ingente montaña, a mil setecientos metros de altura sobre el nivel del mar, se domina desde ella un panorama deslumbrador; pero nada iguala al espectáculo de la salida del sol en una tibia mañana del mes de agosto, sobre todo cuando el astro rey tornasola con reflejos inimitables aquel inmenso mar de nubes que se extiende en las estribaciones de la montaña cubriendo totalmente la hondonada del valle.

Otro espectáculo deslumbrador que nos proporciona el cielo atmosférico es una puesta de sol en la inmensidad del mar. En estos momentos me estoy acordando de las costas gallegas, de las rías de Pontevedra y de Vigo que tan maravillosamente describe Rosalía de Castro. Cuando al caer de una tarde veraniega, el sol se hunde poco a poco en el mar como para tomar un baño de placer, no hay pintor humano que pueda apoderarse con los colores de su paleta de aquella riquísima gama de

colores, que el crepúsculo vespertino multiplica después con infinito alarde de matización.

Señores: el cielo atmosférico no es el cielo de nuestra fe. Y, sin embargo, nos habla, en cierto modo, de él, porque nos acerca a Dios, en cuya posesión y goce furtivos consiste el verdadero cielo.

* * *

Quizá más bello todavía, y desde luego mucho más impresionante que el cielo atmosférico, es el cielo de los astros: el llamado *cielo astronómico*. El espectáculo de una noche serena, cuajada de estrellas, es de los más deslumbradores que en este mundo cabe contemplar. Precisamente la contemplación de una noche estrellada arrancó a nuestro Fray Luis de León aquellas estrofas sublimes:

*Morada de grandeza
templo de claridad y de hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?*

*¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?*

*¡Ay!, despertad, mortales;
mirad con atención a vuestro daño.
Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
¿podrán vivir de sombras y de engaño?*

Los Santos amaban la contemplación del firmamento tachonado de estrellas. Esos puntitos luminosos esparcidos por la inmensidad del firmamento como polvo de brillantes, les hablaban altamente de Dios. San Juan de la Cruz pasaba, con frecuencia, las noches contemplando extasiado las estrellas desde el ventanillo de su celda. San Ignacio de Loyola, contemplando una noche serena, desde la azotea de la casa profesa de Roma, les decía a sus hijos de la Compañía: «¡Oh, cuán vil me parece la tierra cuando contemplo el cielo!» A Santa Teresita del Niño Jesús le gustaba, ya desde pequeña, contemplar el cielo estrellado, donde le parecía ver escrito su nombre.

A simple vista se pueden contemplar de ocho a doce mil estrellas, según la potencia visiva del observador. Pero lo más admirable del cielo astronómico es precisamente lo que no se puede ver a simple vista: el número incalculable de las estrellas, su tamaño colosal, la formidable energía que en ellas se acumula, sus movimientos vertiginosos, las distancias fabulosas que las separan, la pasmosa organización de esa gigantesca maquinaria, que, cual reloj de maravillosa precisión, no se adelanta ni retrasa un segundo a todo lo largo de los siglos.

La Creación, señores, es un gigantesco reloj en movimiento. Con relación a otros astros, la tierra camina a paso de tortuga; y, recorriendo su elíptica alrededor del sol, camina nada menos que a 30 kilómetros por segundo. ¡Y es paso de tortuga!, porque algunas estrellas caminan a velocidades de miles de kilómetros por segundo. Y a esas

velocidades fantásticas se entrecruzan en el espacio sin que se produzca jamás un choque ni la menor colisión.

Señores: un ilustre matemático francés, Moigno, nos dice que si se presentan dos cuerpos de diferente tamaño, de diferente densidad, de diferente fuerza de atracción, y los hacemos evolucionar el uno junto al otro, la ciencia puede organizar ese movimiento de tal manera que nunca tropiecen. Si son tres, el problema es ya de los más arduos. Si entran cuatro, la ciencia se declara en quiebra: no lo sabe organizar. Y, sin embargo, señores, millones y millones de estrellas y de astros, de diferente tamaño, de diferente densidad, de diferente fuerza de atracción, andan dando vueltas, a velocidades vertiginosas, por la inmensidad del firmamento, entrecruzando sus elípticas, sin que se produzca jamás un choque, sin que estalle una catástrofe cósmica, sin que se perturbe en lo más mínimo «ese silencio imponente de los espacios infinitos» que asombraba a Pascal. Es el brazo omnipotente de Dios que está jugando con las estrellas como los niños con pompitas de jabón.

Asusta pensar en las distancias astronómicas que la ciencia moderna, con sus aparatos perfectísimos, ha logrado medir con admirable precisión. La estrella más cercana a nosotros es el Alfa de Centauro. No se ve en Europa, pero sí en América: está en el otro hemisferio. Es nuestra vecina, y, sin embargo, dista de nosotros más de *cuatro años de luz*. Eso quiere decir que la luz, que camina a la espantosa velocidad de 300.000 kilómetros por segundo,

tarda más de cuatro años en llegar a nosotros. Si tuviéramos que recorrer esa distancia en un avión a la velocidad de 1.000 kilómetros por hora, tardaríamos en llegar al Alfa del Centauro, la estrella más cercana a nosotros, cerca de cinco millones de años. Y es nuestra vecina, señores. Está ahí, detrás de la puerta. Hay estrellas que distan de nosotros varios *millones* de años de luz, que recorridos con el avión que acabamos de hablar arrojaría una cantidad fabulosa de millonadas de siglos. ¡Qué grandeza, qué inmensidad la de Dios, que desde el principio de la Creación viene sosteniendo y gobernando esos mundos inmensos sin cansancio ni menoscabo de su brazo omnipotente!

Y si del mundo de lo inmensamente grande pasamos al de lo inmensamente pequeño, nos encontramos con prodigios tan grandes o mayores todavía. Porque nos dice la ciencia astronómica, señores, que el sol, la estrella central de nuestro sistema planetario, está lanzando al espacio continuamente nada menos que 250 millones de toneladas de fotones —átomos de luz— por minuto. Pero que nadie se asuste creyendo que los días del astro rey están contados en virtud de esa pérdida enorme y continua de energía. Que nadie tema por la muerte del sol; porque, aunque es una estrella pequeñísima comparada con otras muchas estrellas del firmamento, es, sin embargo, tan grande, que puede permitirse el lujo de ir perdiendo cada minuto 250 millones de toneladas, al menos durante 200.000 siglos, según ha calculado la ciencia astronómica moderna.

«¡Qué cosa tan grande es el cielo astronómico, señores! ¿Qué otra cosa puede darnos una idea tan impresionante de la intensidad de Dios, que está jugando con todo eso, vuelvo a repetir, como los niños con pompitas de jabón? Con razón dice el salmo, aludiendo al cielo astronómico, que «los cielos cantan la gloria de Dios».

«Pero ese cielo tan deslumbrador no es nuestro cielo, no es el cielo de la fe. El cielo de la fe, la patria de las almas inmortales está incomparablemente más arriba todavía. Ya es hora de que comencemos a exponer la teología del verdadero cielo. Hasta aquí me he limitado a ambientar un poco la grandeza del cielo cristiano hablándoos del cielo de los astros; ahora voy a comenzar la explicación de la teología del cielo de las almas, del cielo sobrenatural que nos aguarda más allá de esta vida.

«Para poner orden y claridad en mis palabras, voy a dividir mi exposición en dos partes. En la primera os hablaré de la gloria *accidental* del cielo; en la segunda, de la gloria *esencial*. Y en la gloria accidental, todavía voy a establecer una subdivisión: primero la gloria accidental del cuerpo, y luego la gloria accidental del alma.

«Vamos a empezar por lo de inferior categoría, por lo más imperfecto: la gloria accidental del cuerpo. Y os advierto, antes de comenzar la descripción del cielo teológico, que no voy a deciros absolutamente nada que no se apoye directamente en la divina revelación. No voy a proyectar ante vosotros una película fantástica, pero soñada. No son datos de una imaginación enfermiza o calen-

turienta; no son sueños de un poeta. Son datos revelados por Dios. Los podéis leer en la Sagrada Escritura: ¡los ha revelado Dios! Lo único que voy a hacer es daros la interpretación teológica de esos datos revelados, debida al genio portentoso del Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino. Pero, fundamentalmente, lo que os voy a decir no lo ha inventado Santo Tomás ni ningún otro teólogo. Son datos revelados por Dios en las Sagradas Escrituras.

Decimos en teología, señores, y es cosa clara y evidente, que la gloria del cuerpo no será más que una consecuencia, una redundancia de la gloria del alma. En la persona humana, lo principal es el alma; el cuerpo es una cosa completamente secundaria. El alma puede vivir, y vive perfectamente, sin el cuerpo; el cuerpo, en cambio, no puede vivir sin el alma.

En este mundo estamos completamente desorientados. Concedemos más importancia a las cosas del cuerpo que a las del alma. Se pone el cuerpo enfermo y le atendemos en el acto con medicinas y tratamientos y sanatorios y operaciones quirúrgicas, y todo lo que sea menester para recuperar la salud. Y son legión, señores, los que tienen enferma el alma, y quizá del todo muerta por el pecado mortal, ¡y ríen y gozan, y se divierten y viven completamente tranquilos, como si no les ocurriera absolutamente nada! ¡Qué aberración, señores! Cuando veamos las cosas a la luz del más allá, veremos que las cosas del cuerpo no tienen importancia ninguna; lo esencial es lo del alma, lo que ha de durar eternamente.

En el cielo funcionan las cosas rectamente. La gloria del cuerpo no será más que una redundancia, una simple derivación de la gloria del alma. El alma bienaventurada, incandescente de gloria por la visión beatífica de que goza ya actualmente, en el momento de ponerse en contacto con su cuerpo al producirse el hecho colosal de la resurrección de la carne, le comunicará *ipso facto* su propia bienaventuranza. Ocurrirá algo así como lo que pasa en un farolillo de cristales multicolores cuando encendemos una luz dentro de él: aparece todo radiante, lleno de luz y de colorido. El cuerpo, al resucitar, al ponerse en contacto con el alma glorificada, se pondrá también incandescente de gloria, lleno de luz y de hermosura, según el grado de gloria que Dios le comunique a través de su propia alma. Por eso os decía que la gloria del cuerpo será una simple consecuencia de la gloria del alma. Y sabemos por la Sagrada Escritura, porque lo ha revelado Dios, que el cuerpo glorioso tendrá cuatro cualidades o dotes maravillosas: claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad.

* * *

En primer lugar la *claridad*. El profeta Daniel, describiendo el triunfo final de los elegidos, dice que «brillarán con esplendor del cielo» y que «resplandecerán eternamente como las estrellas» (*Dan.*, XII, 3). Y el mismo Cristo nos dice en el Evangelio que «los justos brillarán como el sol en el reino del Padre» (*Mt.*, XIII, 43).

Los cuerpos gloriosos serán resplandecientes de luz. Si contempláramos ahora mismo el cuerpo glorioso de Jesús o el de María Santísima —únicos que actualmente hay en el cielo—, quedaríamos deslumbrados ante tanta belleza.

El cuerpo humano, aún acá en la tierra, es una verdadera obra de arte. Los artistas —pintores y escultores— de todas las épocas y de todas las razas han reproducido la belleza del cuerpo humano. Lástima que muchas veces profanen una cosa tan bella como el cuerpo humano para convertirla en una de las más inmundas e inmorales, en una pornografía baja y desvergonzada. Pero no cabe duda que, contemplado con ojos limpios y finalidad sana, el cuerpo humano constituye, aún acá en la tierra, una verdadera obra de arte maravillosa. Pues, ¿qué será, señores, el cuerpo espiritualizado, el cuerpo glorioso radiante de luz, mucho más resplandeciente que la del sol?

Dice Santa Teresa que, en una visión sublime, le mostró Nuestro Señor Jesucristo nada más que una de sus manos glorificadas. Y decía que la luz del sol es «fea y apagada» comparada con el resplandor de la mano glorificada de Nuestro Señor Jesucristo. Y añade que ese resplandor, con ser intensísimo, no molesta, no daña a la vista, sino que, al contrario, la llena de gozo y de deleite.

La contemplación de los cuerpos gloriosos resplandecientes de luz de millones y millones de bienaventurados, será un espectáculo grandioso, deslumbrador, que llenará, ya por sí solo, de inefable felicidad a los bienaventurados.

* * *

La segunda cualidad del cuerpo glorioso es la *agilidad*. Consta también, expresamente, en varios pasajes de la Sagrada Escritura: «Al tiempo de la recompensa brillarán y discurrirán como centellas en cañaveral» (*Sap.*, III, 7). Ello quiere decir que los bienaventurados podrán trasladarse corporalmente a distancias remotísimas casi instantáneamente. Digo casi, porque, como advierte Santo Tomás de Aquino, todo movimiento, por rapidísimo que se le suponga, requiere indispensablemente tres instantes: el de abandonar el punto de partida; el de adelantarse hacia el punto de llegada, y el de llegar efectivamente al término. Y eso puede hacerse, si queréis, en una millonésima de segundo, pero de ninguna manera en un solo instante, filosóficamente considerado; tiene que transcurrir algún tiempo, aunque sea absolutamente imperceptible, una millonésima de segundo si queréis. Pero ese tiempo tan imperceptible equivale, prácticamente, a la velocidad del pensamiento. Con las alas de la imaginación podemos trasladarnos en este mundo, instantáneamente, a regiones remotísimas: de la tierra a la luna, a las más remotas estrellas; pero nuestro cuerpo permanece inmóvil en el lugar donde nos encontramos mientras la imaginación realiza su vuelo fantástico. En el cielo, el cuerpo acompañará al pensamiento a cualquier parte donde quiera trasladarse, por remotísimo que esté. En esto consiste el dote maravilloso de la *agilidad*.

* * *

La tercera cualidad es la *impasibilidad*. Eso significa que el cuerpo glorificado es absolutamente

invulnerable al dolor y al sufrimiento, en cualquiera de sus manifestaciones. No le afecta ni puede afectar el frío, el calor, ni ningún otro agente desagradable. Metido en una hoguera, no se quemaría. Sumergido en el fondo del mar, no se ahogaría. En medio del fragor de una batalla, los proyectiles no le causarían ningún daño. Las enfermedades no pueden hacer presa en él. El cuerpo del bienaventurado no está preparado para padecer, es absolutamente invulnerable al dolor. No es que sea insensible en absoluto. Al contrario, es sensibilísimo y está maravillosamente preparado para el placer: gozará de deleites inefables, intensísimos. Pero es del todo insensible al dolor. Esto significa la *impasibilidad* del cuerpo glorioso. Consta también expresamente en la Sagrada Escritura: «Ya no tendrán hambre, ni sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno; porque el Cordero, que está en medio del trono, los apacentará y guiará a las fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos» (*Apoc.*, VII, 16-17).

* * *

Pero aún hay otra cuarta cualidad: la *sutileza*. Dice el apóstol San Pablo que «el cuerpo se siembra animal y resucitará espiritual» (*I Cor.*, xv, 44). No quiere decir que se transformará en espíritu; seguirá siendo corporal, pero quedará como espiritualizado: totalmente dominado, regido y gobernado por el alma, que le manejará a su gusto sin que le ofrezca la menor resistencia.

Muchos teólogos creen que, en virtud de esta

sutileza, el cuerpo del bienaventurado podrá atravesar una montaña sin necesidad de abrir un túnel, podrá entrar en una habitación sin necesidad de que le abran la puerta. Santo Tomás de Aquino —por el contrario— piensa que la sutileza no es otra cosa que el dominio total y absoluto del alma sobre el cuerpo, de tal manera, que lo tendrá totalmente sometido a sus órdenes. Es cierto, dice el Doctor Angélico, que los bienaventurados podrán atravesar una montaña sin necesidad de abrir un túnel, o entrar en una habitación sin necesidad de que les abran la puerta; pero eso será, no en virtud de la sutileza, sino de una nueva cualidad sobreañadida, de tipo milagroso, que estará totalmente a disposición de ellos.

Como se ve, para el caso es completamente igual. Como quiera que sea, lo cierto es que podremos atravesar los seres corpóreos con la misma naturalidad y sencillez con que un rayo del sol atraviesa un cristal sin romperlo ni mancharlo.

* * *

La Sagrada Escritura, señores, nada nos dice acerca de los goces de los sentidos; pero es indudable que los tendrán también intensísimos y sublimes. No hace falta tener una imaginación muy exaltada para comprender que si el cuerpo entero ha de quedar beatificado, los sentidos corporales tendrán que tener sus goces correspondientes. Ahora bien: los ojos no pueden gozar de otro modo que viendo cosas hermosísimas, y los oídos oyendo armonías sublimes, y el olfato percibiendo perfumes suavísimos, y el gusto y el tacto con

deleites delicadísimos proporcionados a su propio objeto sensitivo. Nada de esto dice la Sagrada Escritura, pero lo dice el simple sentido común.

De manera, que nuestro cuerpo entero, con todos sus sentidos, estará como sumergido en un océano inefable de felicidad, de deleites inenarrables. Y esto, señores, constituye la gloria *accidental del cuerpo*; lo que no tiene importancia, lo que no vale nada, lo que podría desaparecer sin que sufriera el menor menoscabo la gloria esencial del cielo.

* * *

Mil veces por encima de la gloria del cuerpo, señores, está la gloria del alma. El alma vale mucho más que el cuerpo. Acá en la tierra, el mundo, el demonio y la carne no nos lo dejan ver. En el otro mundo lo veremos clarísimamente.

¡La gloria del alma! Vayamos por partes, de menor a mayor.

Empecemos por los goces de la amistad. Cuando dos amigos se quieren de veras, cuando dos corazones se han fusionado en uno solo, la separación violenta, sobre todo si ha de ser para largo tiempo, resulta siempre dolorosa. Y si es la muerte quien se encarga de separar para siempre, acá en la tierra, a esos dos íntimos amigos, ¡qué desgarró experimenta el pobre corazón humano! Pero queda todavía la dulcísima esperanza: en el cielo se reanudará para siempre aquella amistad interrumpida bruscamente. Los amigos volverán a abrazarse para no separarse jamás.

La amistad es una cosa muy íntima, muy en-

trañable, no cabe duda; pero por encima de ella están los lazos de la sangre, los vínculos familiares. ¿No lo recordáis? ¿No lo recordáis cualquiera de los que me estáis escuchando? Cuando se os murió vuestro padre, o vuestra madre, o vuestros hijos, experimentasteis la amargura más grande de vuestra vida. Cuando tenemos cadáver en casa, ¡qué frío está el hogar! Y cuando se llevan de casa los despojos de aquel ser tan querido, nos arrancan un jirón de nuestras almas, un pedazo de nuestras entrañas. ¡Cómo nos duele, señores, aquella terrible separación!

¡Ah!, pero vendrá la resurrección de la carne, y con ella la reconstrucción definitiva de la familia. ¡Qué abrazo nos daremos en el cielo! ¡La familia reconstruida para siempre! Se acabaron las separaciones: ¡para siempre unidos!

Pero quizá a alguno de vosotros se le ocurra preguntar: «Padre, ¿y si al llegar al cielo nos encontramos con que falta algún miembro de la familia? ¿Cómo será posible que seamos felices sabiendo que uno de nuestros seres queridos se ha condenado para toda la eternidad?»

Esta pregunta terrible no puede tener más que una sola contestación: en el cielo cambiará por completo nuestra mentalidad. Estaremos totalmente identificados con los planes de Dios. Adoraremos su misericordia, pero también su justicia inexorable. En este mundo, con nuestra mentalidad actual, es imposible comprender estas cosas; pero en el cielo cambiará por completo nuestra mentalidad, y, aunque falte un miembro de nuestra familia, no disminuirá por ello nuestra dicha;

seremos inmensamente felices de todas formas. Pero, no cabe duda, señores, que si no falta un solo miembro de nuestra familia, si logramos reconstruirla enteramente en el cielo, nuestra alegría llegará a su colmo y será inenarrable.

¿Queréis lograr esa sublime aspiración? ¿Queréis que no falte un solo miembro de vuestra familia en el cielo? Os voy a dar la fórmula para alcanzarla: rezad el rosario en *familia* todos los días de vuestra vida. La familia que reza el rosario todos los días tiene garantizada moralmente su salvación eterna, porque es moralmente imposible que la Santísima Virgen María, la Reina de los cielos y tierra, que es también nuestra Reina y Madre dulcísima, deje de escuchar benignamente a una familia que la invoca todos los días, diciéndole cincuenta veces con fervor y confianza: «Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte». Es moralmente imposible, señores, lo afirmo terminantemente en nombre de la teología católica. La Virgen no puede desamparar a esa familia. Ella se encargará de hacerles vivir cristianamente y de obtenerles la gracia de arrepentimiento si alguna vez tiene la desgracia de pecar. Es cierto que el que muere en pecado mortal se condena, aunque haya rezado muchas veces el rosario durante su vida. Eso, desde luego. El que muere en pecado mortal se condena, aunque haya rezado muchas veces el rosario. ¡Ah!, pero lo que es moralmente imposible es que el que reza muchas veces el rosario acabe muriendo en pecado mortal. La Virgen no lo permitirá. Si rezáis diariamente, y con fervor, el rosario, si invocáis con

filial confianza a la Virgen María, Ella se encargará de que no muráis en pecado mortal. Dejaréis el pecado; os arrepentiréis, viviréis cristianamente y moriréis en gracia de Dios. El rosario bien rezado diariamente es una patente de eternidad, ¡un seguro del cielo! No os lo dice un dominico entusiasmado porque fue Santo Domingo de Guzmán el fundador del rosario. No es esto. Os lo digo en nombre de la teología católica, señores. ¡Rezad el rosario en familia todos los días de vuestra vida y os aseguro terminantemente, en nombre de la Virgen María, que lograréis reconstruir toda vuestra familia en el cielo! ¡Qué alegría tan grande al juntarnos otra vez para nunca jamás volvernos a separar!

Por encima de los goces de la familia reconstruida experimentará nuestra alma alegrías inefables con la amistad y trato con los Santos. En este mundo no podemos comprender esto, pero ya os he dicho que en la otra vida cambiará por completo nuestra mentalidad. Allí veremos clarísimamente que no hay más fuente de bondad, de belleza, de amabilidad, de felicidad que Dios Nuestro Señor, en el que se concentra la plenitud total del Ser. Y, en consecuencia lógica, aquellos seres, aquellas criaturas que estarán más cerca de Dios contribuirán a nuestra felicidad más todavía que los miembros de nuestra propia familia. De manera que el contacto y la compañía de los Santos —que están más cerca de Dios— nos producirá un gozo mucho más intenso todavía que el contacto y la compañía de nuestros propios familiares. Que cada uno piense ahora en los Santos de

su mayor devoción e imagine el gozo que experimentará al contemplarles resplandecientes de luz en el cielo y entablar amistad íntima con ellos.

¶ Pero más todavía que por el contacto y amistad con los Santos, quedará beatificada nuestra alma con la contemplación de los ángeles de Dios, criaturas bellísimas, resplandecientes de luz y de gloria. Dice Santo Tomás de Aquino, y lo demuestra de una manera categórica, que los ángeles del cielo son todos *específicamente distintos*. Lo cual quiere decir que no hay más que uno solo de cada clase. Imaginaos, por ejemplo, que en el reino animal no hubiera en todo el mundo más que un solo caballo, un solo león, un solo toro, un solo elefante, etc., etc.; uno solo de cada clase. Pues esto, exactamente, es lo que ocurre con los ángeles: cada uno de ellos constituye una *especie* distinta dentro del mundo angélico, a cuál más hermosa, a cuál más deslumbradora, pero totalmente diferente de todas las demás. No hay dos ángeles iguales. La contemplación del mundo angélico, con toda su infinita variedad, será un espectáculo grandioso, señores. Sabemos por la Sagrada Escritura que los ángeles, a pesar de su diversidad específica individual, se agrupan en nueve coros o jerarquías angélicas, que reciben los nombres de ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines. Lo dice la Sagrada Escritura, señores, lo ha revelado Dios, no son sueños fantásticos de un poeta. La contemplación de esas nueve jerarquías angélicas, con el número incontable de ángeles específicamente distintos que forman parte de cada una de ellas, será un espec-

táculo maravilloso, sencillamente fantástico, del que ahora no podemos formarnos la menor idea.

Mil veces por encima de los ángeles, la contemplación de la que es Reina y Soberana de todos ellos nos embriagará de una felicidad inefable.

¡Madrileños! ¿Os acordáis cuando hace unos años vino a Madrid la Virgen de Fátima, aquella imagencita pequeña de Cova da Iria, la auténtica, la que se venera en el lugar mismo de las apariciones? Fue tal el delirante entusiasmo que se apoderó de vosotros, que hubo momentos en que detrás de ella —lo estáis recordando todos— iban *cuatrocientos mil* madrileños, porque la Virgen de Fátima era un imán que atraía irresistiblemente vuestros corazones. Y aquello no era más que una imagencita blanca, preciosa, la auténtica Virgen de Fátima, la de Cova da Iria, pero una imagencita nada más. ¡Qué será cuando la veamos personalmente a Ella misma «vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» como la vio el vidente del Apocalipsis! Nos vamos a volver locos de alegría cuando caigamos a sus pies y besemos sus plantas virginales y nos atraiga hacia Sí para darnos el abrazo de madre y sintamos su Corazón Inmaculado latiendo junto al nuestro para toda la eternidad.

Pero ¿quién podrá describir, señores, lo que experimentaremos cuando nos encontremos en presencia de Nuestro Señor Jesucristo, cuando veamos cara a cara al Redentor del mundo, con los cinco luceros de sus llagas en sus manos, en sus pies y en su divino Corazón? Cuando caigamos de rodillas a sus pies y cuando El nos incorpore

para darnos su abrazo de Buen Pastor y nos diga con inefable dulzura: «Pobre ovejita mía, ¡cuántas veces te extraviaste fuera del redil de tu Pastor alucinada por el mundo, el demonio y la carne! Pero yo morí por ti, yo rogué por ti al Eterno Padre, y ahora te tengo ya en mi aprisco para toda la eternidad». El gozo que experimentaremos entonces es absolutamente indescriptible.

* * *

El panorama que hemos contemplado hasta aquí, señores, es verdaderamente magnífico y deslumbrador. Y, sin embargo, todo esto constituye únicamente lo que llamamos en teología la gloria *accidental* del cielo: la gloria accidental del cuerpo y la gloria accidental del alma. Todavía no os he dicho ni una sola palabra de la gloria *esencial*. Lo que hemos visto hasta ahora no es más que una antesala; no hemos entrado todavía en el salón del trono. Porque lo que constituye la gloria esencial del cielo es lo que llamamos en teología la *visión beatífica*, o sea, la contemplación facial, cara a cara, de la esencia misma de Dios.

Imposible, señores, hacer una descripción de la visión beatífica. No tenemos acá, en la tierra, ningún punto de referencia para establecer una semejanza o analogía. Pero a la luz de la teología católica voy a hacer un esfuerzo para daros una idea remotísima, palidísima, de aquella inefable realidad.

Desde niños hemos cantado todos el Himno Eucarístico con aquella preciosa estrofa: «Dios está aquí...», aludiendo al Sacramento adorable de

la Eucaristía. Pero, también desde niños, sabemos todos por el catecismo que Dios está en todas partes. Dios está en la Eucaristía y fuera de ella. En la Eucaristía está de una manera especial — sacramentado—, pero fuera de la Eucaristía está en todo cuando existe, en todos los seres y lugares de la creación, por *esencia, presencia y potencia*.

Dios lo llena todo. Dios es inmenso. Está dentro de nosotros y delante mismo de nuestros ojos, pero sin que le podamos ver en este mundo, ¿Sabéis por qué no podemos ver a Dios en este mundo a pesar de que lo tenemos delante de nuestros ojos? Os vais a quedar estupefactos creyendo que os quiero gastar alguna broma. No le vemos, sencillamente *porque está la luz apagada*. Aun a las dos de la tarde, y a pleno sol, está la luz apagada para ver a Dios. Os voy a explicar este misterio.

Imaginaos el caso de un turista que, en una noche cerrada y oscura, sin luna, con densas nubes que ocultan hasta el débil resplandor de las estrellas, se acercase a la montaña más alta del mundo, el monte Everest, que tiene cerca de nueve mil metros de altura. Y para contemplar aquella inmensa montaña en aquella noche tenebrosa se le ocurriese encender una cerilla. Diríamos todos que se había vuelto loco, porque una cerilla no tiene suficiente luz para iluminar aquella inmensa montaña, la mayor del mundo.

Pues algo parecido, señores, nos ocurre en este mundo con relación a la visión directa e inmediata de Dios. Para iluminar a Dios, la luz del sol es incomparablemente más pequeña y desproporcio-

nada que la de una cerilla para iluminar el monte Everest; ¡sin comparación!

Para ver a Dios, señores, hace falta una luz especial, especialísima, que recibe en teología el nombre de *lumen gloriae*: la luz de la gloria. Los teólogos que me escuchan saben muy bien que el *lumen gloriae* no es otra cosa que un hábito intelectual sobrenatural que refuerza la potencia cognoscitiva del entendimiento para que pueda ponerse en contacto directo con la divinidad, con la esencia misma de Dios, haciendo posible la visión beatífica de la misma. Si Dios encendiese ahora mismo en nuestro entendimiento ese resplandor de la gloria, el *lumen gloriae*, aquí mismo contemplaríamos la esencia divina, gozaríamos en el acto de la visión beatífica, porque Dios está en todas partes, y si ahora no le vemos es porque nos falta ese *lumen gloriae*, sencillamente porque está apagada la luz.

¿Y qué veremos cuando se encienda en nuestro entendimiento el *lumen gloriae* al entrar en el cielo? Es imposible describirlo, señores. El apóstol San Pablo, en un éxtasis inefable, fue arrebatado hasta el cielo y contempló la divina esencia por una comunicación transitoria del *lumen gloriae*, como explica el Doctor Angélico. Y cuando volvió en sí, o sea, cuando se le retiró el *lumen gloriae*, no supo decir absolutamente nada (*II Cor.*, XII, 4) porque: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano es capaz de comprender lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (*I Cor.*, II, 9).

San Agustín, y detrás de él toda la teología católica, nos enseña que la gloria esencial del cielo se constituye por tres actos fundamentales: la *visión*, el *amor* y el *goce beatíficos*.

La *visión* ante todo. Contemplaremos cara a cara a Dios, y en Él, como en una pantalla cinematográfica, contemplaremos todo lo que existe en el mundo: la creación universal entera, con la infinita variedad de mundos y de seres posibles que Dios podría llamar a la existencia sacándoles de la nada. No los veremos todos en absoluto o de una manera exhaustiva, porque esto equivaldría a abarcar al mismo Dios, y el entendimiento creado ni en el cielo siquiera puede abarcar a Dios. Pero una variedad casi infinita de seres posibles, de combinaciones imaginables, las veremos en Dios maravillosamente. Y, desde luego, veremos todo cuanto existe: la creación universal entera. ¡Qué película cinematográfica! ¡Qué espectáculo tan deslumbrador contemplaremos en la esencia misma de Dios!

Y ese espectáculo fantástico durará eternamente, sin que nunca podamos agotarlo, sin que se produzca en nuestro espíritu el menor cansancio por la continuación incesante de la visión. En este mundo nos cansamos enseguida de todo, porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca y desfallece con facilidad. Imaginaos en este mundo una fantástica película cinematográfica, un grandioso espectáculo que durase ocho días seguidos, sin un momento de descanso. No lo resistiríamos. En este mundo nos cansamos, porque el cuerpo es pesado, necesita descanso, y arrastra en su pesadez al alma.

Pero como en el cielo el cuerpo seguirá en todo las vicisitudes del alma —como os expliqué antes—, no habrá posibilidad alguna de cansancio, y, por lo mismo, no nos cansaremos jamás de contemplar aquel espectáculo maravilloso de variedad infinita. Dad rienda suelta a vuestra imaginación, que os quedaréis siempre cortos. ¡Qué película tan fantástica para toda la eternidad!

El segundo elemento de la gloria esencial del cielo es el *amor*. Amaremos a Dios con toda nuestra alma, más que a nosotros mismos. Solamente en el cielo cumpliremos en toda su extensión el primer mandamiento de la Ley de Dios, que está formulado en la Sagrada Escritura de la siguiente forma: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Solamente en el cielo cumpliremos este primer mandamiento con toda perfección y, en su cumplimiento, encontraremos la felicidad plena y satisfactoria de nuestro corazón.

En tercer lugar, señores, en el cielo *gozaremos* de Dios. Nos hundiremos en el piélago insondable de la divinidad con deleites inefables, imposibles de describir.

¿Habéis presenciado alguna vez, señores, un campeonato de natación en un club náutico? El trampolín se adelanta unos cuantos metros sobre el mar. Y el aspirante a campeón, cuando le dan la señal convenida, se lanza desde el trampolín y se hunde y desaparece bajo el agua. A veces transcurren varios minutos sin que se le vea aparecer por ningún lado, y cuando la gente que está contemplando la prueba desde la orilla comienza a

contener con angustia la respiración creyendo que se ha ahogado, que ya no sale a la superficie, allá lejos aparece, por fin, el nadador y comienza a nadar con brazos vigorosos hasta alcanzar la orilla.

Pues algo parecido ocurrirá en el cielo. Ya podéis comprender, señores, que esto es una metáfora, pero una metáfora que encierra una realidad sublime. Nos subirán, por decirlo así, a un gran trampolín, y desde aquella atalaya contemplaremos el océano insondable de la divinidad: aquel mar sin fondo ni riberas, que es la esencia misma de Dios, en el que está condensado todo cuanto hay de placer, y de riquezas, y de alegría, y de belleza, y de bondad, y de amor, y de felicidad embriagadora. Todo cuanto puede apetecer y llenar el corazón humano, pero en grado infinito. Y cuando nos digan: «¿Ves este espectáculo tan maravilloso y deslumbrador? Pues esto no es únicamente para que lo veas, esto no es para que lo contemples a distancia, sino para que lo goces, para que lo saborees, para que te hundas en él». Y, efectivamente, nos lanzaremos al agua y nos hundiremos en el océano insondable de la esencia divina, y entonces nuestra alma experimentará unos deleites inefables, de los cuales en este pobre mundo no podemos formarnos la menos idea. Estará como embriagada de inenarrable felicidad, casi incómoda a fuerza de ser intensa. Y para colmo de todo nos daremos cuenta que aquella felicidad embriagadora no terminará jamás; durará para siempre, para siempre, para toda la eternidad, mientras Dios sea Dios.

Señores: Estamos a tiempo todavía. A través de

Radio Nacional de España me están escuchando millares, quizá millones de españoles. El mundo entero quisiera que me escuchara. Porque este tema del cielo que acabo de resumir brevísimamente es de los más alentadores, de los más estimulantes para decidirse a vivir cristianamente, cueste lo que cueste. ¡Lo que pierden los pobres pecadores, señores! Si alguno, después de haber oído esta conferencia, resiste a la gracia y se vuelve todavía del lado del mundo, del demonio y de la carne, y llega a condenarse para toda la eternidad, estas palabras que estoy pronunciando en estos momentos resonarán trágicamente en sus oídos en el infierno, y se dirá a sí mismo, en medio de una espantosa desesperación: «¡Imbécil de mí, que me lo dijeron a tiempo! ¡Me lo dijeron a tiempo! Pero pudo más aquella mala mujer, pudo más aquel dinero mal adquirido, pudo más aquel odio y aquel rencor. ¡No quise confesarme! Morí impenitente. ¡Imbécil de mí, que me lo dijeron a tiempo! Podría estar ahora mismo en el cielo, embriagado de una felicidad inenarrable. Y ahora estoy condenado para toda la eternidad».

Señores: Estamos a tiempo todavía. Os hablo en nombre de Cristo. No soy más que un pobre altavoz, un pobre misionero de Cristo. Volveos a El, que os espera con su infinito amor y misericordia. Cristo os espera con los brazos abiertos. Aunque le hayáis escupido, aunque le hayáis blasfemado, aunque hayáis pisoteado su sangre. Hoy, como en la cima del Calvario, nos mira a todos con infinita compasión y dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». «Hoy mis-

mo —si quieres— estarás conmigo en el Paraíso». Invocad a María, vuestra dulce Madre: «Hijo, ahí tienes a tu Madre». Evitad la espantosa desesperación eterna, que os haría clamar inútilmente: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» «¡Tengo sed!» Tengo sed de salvar vuestras almas. ¡Venid todos a mi Corazón para que pueda lanzar otra vez mi grito de triunfo: «Todo está cumplido». Os prometo mi ayuda durante la vida y la gracia soberana de la perseverancia final para que podáis exclamar en vuestros últimos momentos: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Con lo cual, vuestra muerte cristiana será para vosotros el término de esta vida de lágrimas y de miseria y la entrada triunfadora en la ciudad de los bienaventurados, donde seréis felices para siempre, para siempre, para toda la eternidad. Así sea.

INDICE

	<u>Págs.</u>
AL LECTOR	2
<i>Primera conferencia:</i> EXISTENCIA DEL MÁS ALLÁ	3
<i>Segunda:</i> EL TRÁNSITO AL MÁS ALLÁ	29
<i>Tercera:</i> EL JUICIO DE DIOS	54
<i>Cuarta:</i> RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y JUICIO UNIVERSAL	77
<i>Quinta:</i> EL CASTIGO DEL CULPABLE	103
<i>Sexta:</i> LA RECOMPENSA ETERNA	131

INDICE

**NIHIL OBSTAT: FR. BERNARDINUS
MARINA, O. P.; FR. ARMANDO
BANDERA, O.P. IMPRIMI POTEST:
FR. ANICETUS FERNÁNDEZ, O. P.
PRIOR PROVINCIALIS.**

**IMPRIMATUR: † FR. FANCISCUS,
O. P. EPISCOPUS SALMANTINUS.
SALMANTICAE, 24 NOVIEMBRE 1957.**

1957

2
3
52
24
77
103
131

AL LECTOR
Primera conferencia: EXISTENCIA DEL MAYA
Segunda: El TR...
Tercera: El J...
Cuarta: RESURRECCION DE LA CARNE Y JUICIO UNIVERSAL
Quinta: EL CASTIGO DEL CLERICAL
Sexta: LA RECOMPENSA ETERNA